

EL CORNETA.— ¡Cómo!... ¿Te atreves á hablar en su favor?... ¡Llévete el infierno!

1.<sup>er</sup> ARCABUCERO.— Después de todo, el villano es un hombre... ¡qué diablo!... un hombre... digámoslo así.

1.<sup>er</sup> CAZADOR (*al Corneta*).— Dejadle; estos son del regimiento de Tiefenbach; todos sastres y guanteros. Han estado de guarnición en Brujas: ¡si sabrán ellos los usos de la guerra!

### ESCENA XI

Dichos.—CORACEROS

1.<sup>er</sup> CORACERO.— Haya paz, señores. ¿Qué pasa con este villano?

1.<sup>er</sup> CAZADOR.— Pues toma! que es un fullero.

1.<sup>er</sup> CORACERO.— ¿Te ha engañado á ti?

1.<sup>er</sup> CAZADOR.— Como que me ha desplumado.

1.<sup>er</sup> CORACERO.— ¿Y qué? ¿Tú, un soldado de Friedland, has podido humillarte y deshonorarte al punto de probar fortuna con un villano? Dejadle que corra.

(*El villano huye, y los soldados se acercan formando grupo*).

1.<sup>er</sup> ARCABUCERO.— Listo lo arregla el hombre; es resuelto. Me gusta esa gente, pero ¿de dónde es? No parece bohemio.

LA CANTINERA.— Es valón, y de los coraceros de Papenheim, que merecen mucho respeto.

1.<sup>er</sup> DRAGÓN (*adelantándose*).— Ahora tienen por jefe á Piccolomini el mozo, á quien ellos mismos eligieron coronel en la batalla de Lutzen, cuando cayó muerto Papenheim.

1.<sup>er</sup> ARCABUCERO.— ¿Á tanto se atrevieron?

1.<sup>er</sup> DRAGÓN.— El tal regimiento goza de algunos privilegios. Siempre fué el primero en la batalla, se go-



bierna por leyes aparte y Friedland le tiene en singular estima.

1.<sup>er</sup> CORACERO (*á otro*).—¿Es cierto eso?... ¿Quién lo ha dicho?

2.<sup>o</sup> CORACERO.—Lo oí de los propios labios del coronel.

1.<sup>er</sup> CORACERO.—¿Cómo demonios?... Parece que somos sus perros.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—¿Qué tripa se les ha roto á esos? Muy irritados están.

2.<sup>o</sup> CAZADOR.—¡Compañeros! ¿Se trata de algo que nos importe?

1.<sup>er</sup> CORACERO.—Esto no puede parecer bien á nadie. (*Los soldados se acercan*). Pues nada; que nos destinan á los Países-Bajos, coraceros, cazadores y caballería ligera en número de ocho mil hombres.

LA CANTINERA.—¿Cómo es eso? ¿Otra vez en marcha, cuando ayer mismo llegué de Flandes?

2.<sup>o</sup> CORACERO (*á los Dragones*).—Vosotros los del regimiento de Buttler, también tendréis que montar á caballo.

1.<sup>er</sup> CORACERO.—Y sobre todo nosotros, los valones.

LA CANTINERA.—Los mejores escuadrones del ejército.

1.<sup>er</sup> CORACERO.—Vamos con el gobernador á Milán.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—¿Con el Infante?... Es raro.

2.<sup>o</sup> CAZADOR.—¿Con el cura?... ¿Anda desencadenado el infierno?

1.<sup>er</sup> CORACERO.—Chicos ¿consentiremos en abandonar á Friedland, que se porta con tal nobleza, por seguir á esos ladrones de españoles á quienes odiamos con toda el alma?... No, no será. Antes desertaremos.

EL CORNETA.—¡Voto á!... ¿Qué tenemos que hacer allí? Nosotros hemos vendido la vida al Emperador y no al español del sombrero rojo.

2.<sup>o</sup> CAZADOR.—Nosotros hemos sentado plaza en el

arma de caballería, bajo la palabra y la fe de Friedland. Sin el amor á Wallenstein, lo que es Fernando no lo hubiera conseguido nunca.

1.<sup>er</sup> DRAGÓN.—Friedland ha organizado el cuerpo, y Friedland debe mandarnos.

EL SARGENTO.—Dejadme hablar y atendedme; sino, todo va á quedar en palabras. Voy todavía más lejos que vosotros; me temo que nos tienden un lazo.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—Haya paz. Ojo con la ordenanza.

EL SARGENTO.—Á ver, Justina; echadme primero un vasito de aguardiente para sentar el estómago, y luego os diré mi parecer.

LA CANTINERA (*serviéndole el aguardiente*).—Tomad, señor sargento... Me asustais... Después de todo, no se tratará de nada grave, ¿verdad?

EL SARGENTO.—Bueno es, señores, que cada cual examine las cosas en particular; pero, como acostumbra á decir el general, hay que tratarlas también reunidos. Nosotros formamos el ejército de Friedland, y el villano nos da alojamiento, nos obedece en todo, nos adereza la menestra, y por más que gruña, engancha sus caballos ó sus bueyes á nuestros carros de bagaje. Basta que cuatro hombres y un cabo lleguen á un lugar, ya le tenéis convertido en autoridad, mandando y gobernando á su gusto. Y eso que maldito si nos quieren ni pizca. Antes preferirían verle al diablo el rostro que nuestras casacas amarillas. Pues bien, ¿por qué no nos arrojan de la comarca? Son más que nosotros, y si nosotros tiramos la espada, ellos manejan el garrote. ¿Por qué, siendo así, nos mofamos de ellos? Porque formamos un solo y temible ejército.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—Es verdad; en la unión está la fuerza. Bien lo sabía Friedland cuando, hace unos ocho ó nueve años, formó un grande ejército al servicio del Emperador. Primero no querían que pasara de doce mil hombres, y dijo él: «doce mil no podré mantenerlos, pero



voy á alistar sesenta mil y respondo de que no se morirán de hambre.» He aquí por dónde hemos venido á ser soldados de Wallenstein.

EL SARGENTO.—Si alguien, vamos al decir, me corta el dedo meñique de la mano derecha, ¿creéis que sólo me habrá quitado un dedo? ciertamente que no. Lo que me quitan es la mano entera, porque ya no será más que un miembro mutilado é inútil. Pues bien; los ocho mil caballos que destinan á Flandes, son el dedo meñique del ejército. Si les dejamos partir, ¿os consolaréis diciendo: no hemos perdido más que el quinto de nuestras tropas?... ¡Por vida de!... Todo se vendrá abajo y ¡adiós temor, adiós respeto, adiós deferencias! Volverán á levantar cabeza los villanos, volverá la cancellería de Viena á garrapatear boletas de alojamiento y raciones, y otra vez entraremos en plena miseria. Pero hay más. No se pasará mucho tiempo sin que nos quiten á nuestro general, porque en la corte no le ven con buenos ojos..., con que todo se desplomará á un tiempo. Y entonces ¿quién nos ayudará luego á cobrar nuestra soldada? ¿quién cuidará de mantener nuestros derechos? ¿quién tendrá el influjo, la inteligencia, el talento, la fuerza necesaria para gobernar y conducir esa masa compuesta de tantas piezas?... Y sino, vamos á ver; dragón, dime, ¿de qué país eres tú?

1.<sup>er</sup> DRAGÓN.—Yo soy de un país muy lejano: de Irlanda.

EL SARGENTO (*á los dos coraceros*).—Vos, ya sé que sois valón, y vos italiano; se os conoce en el acento.

1.<sup>er</sup> CORACERO.—Ni yo mismo he podido averiguar quién era. Muy niño aún me robaron de mi casa.

EL SARGENTO.—¿Y tú? Tampoco eres tú de la vecindad.

1.<sup>er</sup> ARCABUCERO.—Soy de Buchau, riberas del lago Feder.

EL SARGENTO.—¿Y vos, compañero?

2.<sup>o</sup> ARCABUCERO.—Soy suizo.

EL SARGENTO.—¿Y tú de dónde eres, cazador?

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—Mis padres viven detrás de Wismar.

EL SARGENTO (*por el Corneta*).—Y tú y yo somos de Egra. ¡Pues bien! ¿Quién diría que fuimos cogidos y amalgados de norte á sur? ¿No parecemos cortados de la misma madera? ¿no marchamos juntos contra el enemigo, como si estuviéramos forjados y fundidos en una sola pieza? Á la más leve señal, todo encaja y se engrana como las ruedas de un molino. ¿Y quién nos ha modelado en tal forma que no hay diferencia entre nosotros, sino es Wallenstein?

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—En mi vida había pensado en esto; seguía mi camino sin notar qué bien ordenados vamos.

1.<sup>er</sup> CORACERO.—Soy de la opinión del Sargento. Lo que quiere esa gente es anularnos para mandar solos. Se trata de una conjuración.

LA CANTINERA.—¡Una conjuración!... ¡Jesús, Dios mío! Entonces los señores no podrían pagarme.

EL SARGENTO.—Claro que no; vendría la ruina. ¡Cuántos comandantes y generales hay que pagan los sueldos del regimiento de sus propios bolsillos, y gastan más de lo que pueden, atentos á hacerse notar con la esperanza de la recompensa! Pues bien, si el jefe, si el duque cae, ¡adiós mi dinero!

LA CANTINERA.—¡Jesús, Dios mío! ¡Qué gran catástrofe para mí! La mitad del ejército tiene alguna cuenta conmigo. Solo el conde Isolani, ese mal pagador del demonio, me debe por lo menos doscientos escudos.

1.<sup>er</sup> CORACERO.—¿Y qué hacer, camaradas? No hay más que un medio de salvación: mientras permanecemos unidos les será imposible hacernos daño alguno. Sigamos formando un solo cuerpo; dejemos que escriban ellos sus protocolos y permanezcamos nosotros firmes en Bohemia, sin ceder ni dar un solo paso. Ahora el soldado combate por su honor



2.º CAZADOR.—No permitamos que nos lleven y traigan así á través del país. Si quieren vernos, que vengan.

1.º ARCABUCERO.—Amigos; hay que pensarlo mucho. La orden es del Emperador.

EL CORNETA.—Vaya lo que nos importa á nosotros el Emperador!

1.º ARCABUCERO.—¡Cuidado con repetir esas palabras!

EL CORNETA.—La verdad es esa.

1.º CAZADOR.—Cierto; siempre he oído decir que solo á Friedland correspondía el mando.

EL SARGENTO.—Esta es la verdad; esto es lo pactado, y de derecho. Tiene absolutos poderes para hacer la guerra y firmar la paz, confiscar dominios y dinero, ahorcar ó indultar al que quiera, nombrar oficiales y coroneles; en una palabra, goza de los privilegios de soberano, otorgados directamente por el mismo Emperador.

1.º ARCABUCERO.—Verdad que el duque es inteligente y poderoso, pero al fin y al cabo viene á ser un simple súbdito del Emperador como nosotros.

EL SARGENTO.—Como nosotros no;... no sabéis lo que estáis diciendo. Es príncipe libre del imperio, ni más ni menos que el de Baviera. ¿Por ventura no he visto yo con mis propios ojos estando de guardia en Brandeis, cómo el Emperador le permitía cubrirse en su presencia?

1.º ARCABUCERO.—Sí, pero este es un derecho inherente al dominio de Mecklenburgo que el Emperador le había dado en prenda.

1.º CAZADOR (*al Sargento*).—¡Cómo! ¿... en presencia del Emperador?... Es singular.

EL SARGENTO (*registrándose los bolsillos*).—Si no queréis creerme, voy á daros una prueba palpable. (*Saca una moneda*.) ¿Qué significa esa efigie y esa inscripción?

LA CANTINERA.—¡A ver!... un wallenstein.

EL SARGENTO.—Pues bien, ¿qué queréis más? ¿No es tan príncipe como otro cualquiera? ¿No acuña moneda como Fernando? ¿no tiene también estado y súbditos y tratamiento de Alteza? Pues también puede tener soldados.

1.º ARCABUCERO.—Nada hay que oponer á eso, pero el caso es que nosotros estamos al servicio del Emperador. ¿Quién nos paga sino él?

EL CORNETA.—Esto sí que os lo niego rotundamente. El Emperador no es quien nos paga, sino quien no nos paga. Hace diez meses que nos está prometiendo el sueldo.

1.º ARCABUCERO.—Dejadlo, que en buenas manos se halla.

1.º CORACERO.—Haya paz, amigos. ¿Queréis acabar por reñir? A qué disputarse sobre si el Emperador es amo nuestro? Cabalmente porque somos sus bravos caballeros no queremos ser tratados como su rebaño, ni llevados ó traídos por la clerigalla. Decidme: ¿no es mejor para el mismo soberano que sus soldados sean hombres capaces de conducirse por sí mismos? ¿En qué consiste su poder? En su ejército. Gracias á su ejército influye en toda la cristiandad. Así, reciban en buen hora los otros recompensas y gracias, reunidos en sus salones ó sentados á su mesa. Cuanto á nosotros, bien que sólo saquemos de su gloria pesares y fatigas, lo que nos importa es el honor.

2.º CAZADOR.—Todos los grandes emperadores y tiranos fueron más discretos. Nada les importaba humillar y atormentar al mundo entero, pero guardaban miramientos al soldado.

1.º CORACERO.—Lo mejor es que el soldado se juzgue á sí mismo. Quien no se porta noblemente y con orgullo, mejor haría en dejar el oficio. Lo que es yo, si arriesgo alegremente la vida es por algo que



tengo en mucho más; si no fuera así, habría que dejarse degollar como un croata; me despreciaría á mi mismo.

LOS DOS CAZADORES.—Sí; el honor vale más que la vida.

I.<sup>er</sup> CORACERO.—La espada no es un azadón, ni un arado, y sería locura empeñarse en labrar con ella. Para nosotros no madura ninguna espiga. El soldado no tiene patria. Errante sobre la superficie de la tierra, no puede calentarse junto á su propio hogar, y se ve condenado á ver de lejos y de paso el esplendor de las ciudades, la alegría del lugar, las verdes praderas, la siega y la vendimia en los campos. Si no tuviera para sí el honor ¿qué bien le quedaba? Fuerza es que algo tenga suyo, pues de otro modo sólo sería un asesino, un incendiario.

I.<sup>er</sup> ARCABUCERO.—Dios sabe qué miserable vida llevamos.

I.<sup>er</sup> CORACERO.—Pues bien;... lo que es yo no la trocaría por otra. He recorrido el mundo entero, he servido á la monarquía española, á la república de Venecia, al reino de Nápoles, siempre con mala fortuna; he conocido nobles y mercaderes, obreros, jesuítas... qué sé yo... y sin embargo no hallé vestido que tanto me complaciera como mi férrea coraza.

I.<sup>er</sup> ARCABUCERO.—No puedo decir yo lo mismo.

I.<sup>er</sup> CORACERO.—Para medrar en el mundo, no hay que darle vueltas, amigos, forzoso es trabajar y moverse. Si quieres alcanzar dignidades y honores, tienes que doblar la cerviz bajo dorado yugo; si ansías gozar la dicha doméstica y vivir rodeado de hijos y nietos, ejerce en paz un oficio. Pues bien; yo no siento predilección alguna por semejante vida. Yo quiero vivir y morir independiente sin robar á nadie ni heredar de nadie, contemplando de lo alto de mi arzón á toda esa gentuza.

I.<sup>er</sup> CAZADOR.—Bravo; así soy yo también.

I.<sup>er</sup> ARCABUCERO.—Realmente; es muy grato pasear por encima de las cabezas de los demás.

I.<sup>er</sup> CORACERO.—Compañeros; los tiempos están muy malos y la espada pesa ya muy poco en la balanza, mas nadie puede echarme en cara haberla elegido. Dispuesto estoy á portarme humanamente en la guerra, pero no quiero que me desuellen para hacer de mi piel un tambor.

I.<sup>er</sup> ARCABUCERO.—Pero, señores, ¿quién causa la desgracia de esa pobre gente sino el ejército? Diez y seis años hace que les estamos vejando y arruinando con la guerra.

I.<sup>er</sup> CORACERO.—Amigo, nunca llueve á gusto de todos. El buen tiempo que desean unos, es en menoscabo de otros, y mientras unos están pidiendo la sequía, hacen otros por que llueva. Donde tú sólo descubres estrago y miseria, yo hallo mi cuenta. Verdad es que vivimos á expensas de los paisanos; pero aunque mucho lo sienta, yo no puedo mudar las cosas. Esto es lo mismo que sucede en una carga de caballería, cuando se lanzan los caballos al galope; si cae á lo mejor alguien en medio del camino, así sea mi hijo ó mi hermano, por más que me desgarran el corazón sus alaridos, forzosamente le he de pasar por encima, sin remedio; yo no puedo bajarme á echarlo fuera en brazos.

I.<sup>er</sup> CAZADOR.—Claro que no. ¿Quién se ocupa de los otros?

I.<sup>er</sup> CORACERO.—Y puesto que nos sonríe la ocasión, cojámosla por los cabellos, que no ha de durar mucho, por desgracia. El mejor día se hace la paz, y todo se acabó. Ya tienes al soldado quitándole al caballo la brida, y al labrador unciéndolo á su vez á la carreta, y otra vez tomarán las cosas su curso natural, en un abrir y cerrar de ojos. Ya que ahora tenemos nosotros



la sartén por el mango y estamos unidos, no permitamos que nos dispersen, que si nos dispersamos van á colgarnos el mendrugo en lo más alto de la cucaña.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—Eso, eso; fuerza es que no ocurra nunca. Sigamos firmes y unidos siempre.

2.<sup>o</sup> CAZADOR.—Sí, sí... veamos, tomemos nuestro partido. Oídme.

1.<sup>er</sup> ARCABUCERO (*sacando un bolsín de cuero y hablando á la Cantinera*).—A ver, ¿qué debo?

LA CANTINERA.—Nada.... no merece la pena...

(*Cuentan*).

EL CORNETA.—Bien hacéis en retiraros. No hacéis más que estorbar. (*Los arcabuceros se van*).

1.<sup>er</sup> CORACERO.—Es lástima... Con todo eso, es brava gente.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—Pero tienen unas ideas de merca-chifle...!

2.<sup>o</sup> CAZADOR.—Ahora que estamos en familia, vamos á ver cómo deshacemos la conjuración.

EL CORNETA.—¿Cómo?... Pues no marchando.

1.<sup>er</sup> CORACERO.—Camaradas; nada de oponernos á la disciplina. Vuelva cada cual á su regimiento y explique á sus compañeros lo que ocurre, por manera que lo vean y comprendan bien. No podemos pasar de aquí. Yo respondo de mis walones; todos piensan como yo.

EL SARGENTO.—En la misma disposición se hallan los regimientos de Terzky, infantería y caballería.

2.<sup>o</sup> CORACERO.—(*Se pone al lado del 1.<sup>o</sup>*). Pues el lombardo no se separa nunca del walón.

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—Cuanto á nosotros, ya es sabido, la libertad es el elemento natural del cazador.

2.<sup>o</sup> CAZADOR.—La libertad reside en la fuerza. Lo que es yo, quiero vivir y morir por Wallenstein.

1.<sup>er</sup> ARQUERO.—Nosotros los lorenenses seguiremos la corriente, é iremos donde se halle el placer y la alegría.

EL DRAGÓN.—El irlandés va donde le conduce la estrella de la fortuna.

2.<sup>o</sup> ARQUERO.—El tirolés sirve sólo al amo del país.

1.<sup>er</sup> CORACERO.—Entonces, redacte cada regimiento un memorial donde se diga con toda claridad que queremos permanecer unidos, sin que la fuerza ni la astucia puedan separarnos nunca de Friedland, padre del soldado. Luégo lo presentaremos respetuosamente á Piccolomini, al hijo, se entiende... conoce esta suerte de negocios y goza de algún prestigio con Friedland y también con el Emperador.

2.<sup>o</sup> CAZADOR.—Vamos... convenido... venga esa mano... Piccolomini será nuestro abogado.

EL CORNETA, EL DRAGÓN, 1.<sup>er</sup> CAZADOR, 2.<sup>o</sup> CORACERO, LOS ARQUEROS (*á coro*).—Piccolomini será nuestro abogado. (*Hacen que se van*).

EL SARGENTO.—¡Alto!... Echemos un trago, camaradas. (*Bebe.*) A la salud de Piccolomini.

LA CANTINERA (*trayendo una botella*).—Esta no la apunto; os la regalo de muy buena gana. ¡Caballeros, buena suerte!

EL CORACERO.—¡Viva la tropa del país!

LOS DOS CAZADORES.—¡Que paga el paisano!

EL DRAGÓN Y LOS ARQUEROS.—¡A la prosperidad del ejército!

EL CORNETA Y EL SARGENTO.—... Gobernado siempre por Friedland.

2.<sup>o</sup> CORACERO (*cantando*).—«¡A montar, á montar, camaradas!... ¡Corramos al campo, á la libertad! En campaña, el hombre vale todavía algo, y pesa algo su corazón; nadie puede reemplazarle, y le es fuerza contar consigo mismo.»

(*Los soldados que estaban en el fondo, se adelantan y repiten á coro los dos últimos versos*).

EL DRAGÓN (*cantando*).—«La libertad huyó del mundo; ya no hay más que esclavos y tiranos. La falsía y



la astucia imperan sobre la vil raza humana. Sólo quien sabe contemplar la muerte de hito en hito, sólo el soldado es libre.»

EL CORO.—«Sólo quien sabe contemplar la muerte de hito en hito, sólo el soldado es libre.»

1.<sup>er</sup> CAZADOR (*cantando*).—«Lejos de su ánimo, pesares y congojas, temores ni cuidados! Osado avanza al encuentro del destino. Si no hoy, mañana lo alcanzará, y puesto que ha de alcanzarlo mañana, gocemos hoy de los últimos instantes de un tiempo precioso.»

(*Llenas de nuevo las copas, brindan y beben.*)

EL CORO.—«Puesto que ha de alcanzarlo mañana, gocemos hoy de los últimos instantes de un tiempo precioso.»

EL SARGENTO.—«Su dicha es gracia del cielo. Inútil es el esfuerzo, inútil la fatiga. El pobre labrador hoza el seno de la tierra en busca de un tesoro; hoza y cava toda la vida, y al fin cava su propia huesa.»

EL CORO.—«Cava toda la vida, y al fin cava su propia huesa.»

1.<sup>er</sup> CAZADOR.—«El jinete y el ágil caballo son bien temibles huéspedes. Mirad cómo brillan en el castillo las antorchas de himeneo; ya llega sin ser invitado, sólo breve rato corteja á la novia, y sin dinero, de un golpe arrebató la corona del amor.»

EL CORO.—«Sólo breve rato corteja á la novia, y de un golpe arrebató la corona del amor.»

2.<sup>o</sup> CORACERO.—«¿Por qué llorar, por qué consumirte de pena, doncella hermosa? Déjale que pase; déjale que corra. El soldado no tiene hogar, no puede ser fiel á su amor. El hado veloz le arrebató en sus alas, y en parte alguna le es permitido detenerse.»

EL CORO.—«El hado veloz le arrebató en sus alas, y en parte alguna le es permitido detenerse.»

1.<sup>er</sup> CAZADOR (*coge de la mano á los que tiene cerca; los demás le imitan. Todos los interlocutores de las anteriores*

*escenas forman semicírculo*).—«Vamos, camaradas, á ensillar los caballos; dilate nuestros pulmones el aire de las batallas; arde la sangre juvenil; chisporrotea la vida. ¡En marcha!... antes que se evapore el valor... Quien no arriesga la vida, no goza nunca de ella.»

EL CORO.—«Quien no arriesga la vida, no, no goza nunca de ella.»

(*Cae el telón mientras el coro canta el estribillo.*)

